

## **Una economía sana dentro de un Estado fuerte. Revisión crítica del presunto programa anticapitalista del fascismo y del nacionalsocialismo**

### **Healthy Economy in a Strong State. A Critical Review of the Alleged Anti-capitalist Programme of Fascism and National Socialism**

**Por: Jorge Polo Blanco**  
Universidad Técnica del Norte  
Ecuador  
jpolo@utn.edu.ec  
Recepción: 21.10.2015  
Aprobación: 19.11.2015

**Resumen:** *Este trabajo pretende esbozar el embrión de lo que habría de ser una investigación más extensa y profunda, y que gira en torno a un objeto que nos parece decisivo, a saber, la construcción de una idea-fuerza que se ha instalado con cierta preponderancia, gracias a la influencia discursiva que el liberalismo económico ha puesto en juego a la hora de interpretar la catástrofe europea de los años treinta y cuarenta del pasado siglo en el imaginario contemporáneo. Hablamos de esa idea que concibe al fascismo y al nazismo como potencias históricas esencialmente anticapitalistas. Creemos que dicha caracterización es difícilmente sostenible y, por ello, trataremos de adentrarnos críticamente en una densa problemática cuyo esclarecimiento, del que muchos autores ya se ocuparon en el pasado, nos interpela todavía hoy.*

**Palabras clave:** *Interpretación liberal del fascismo, gran industria, economía fascista, régimen laboral fascista.*

**Abstract:** *This paper aims to draw the rudiments of what should be a more extensive and deeper research, turning around an object to be decisive: the construction of a core idea supported by certain preponderance, due to the discursive influence that economic liberalism has put into play for interpreting the catastrophe of Europe in the contemporary imaginary. We discuss the idea conceiving both Fascism and Nazism as essentially anti-capitalist, historical powers. We think that this characterization is hard to support and, therefore, we will try addressing a dense set of problems, whose elucidation poses questions today and many authors have concerned before.*

**Keywords:** *liberal fascism interpretation, large-scale industry, fascist economy, fascist labor system.*

### **La interpretación liberal de los fascismos: “socialistas de todos los partidos”**

La emblemática obra *The Road to Serfdom*, publicada en 1944 por Friedrich A. Hayek, constituye sin duda un hito canónico en la construcción de la interpretación liberal de los fascismos. En esta obra el teórico austriaco alberga el propósito explícito de poner de manifiesto las “raíces socialistas del nazismo” (Hayek, 1944, p. 206), sustentando una tesis que, fundamentalmente, entiende que fascismo y socialismo promueven en realidad un programa idéntico. En última instancia, y a través de un mismo colectivismo estatista fuertemente centralizado y autoritario, sueñan con erigir un sistema social absolutamente cerrado en el que todo el conjunto de las libertades individuales y civiles resulta conculcado y extinto. Ambos movimientos, gemelos en su programa económico, habrían de ser comprendidos como perversos movimientos totalitarios aniquiladores del liberalismo de viejo cuño. Hayek entendía, por lo tanto, que el fascismo y el nazismo no eran enemigos del socialismo, pues con éste emparentaban sustancialmente, sino del capitalismo liberal. “Pocos son los dispuestos a reconocer que el nacimiento del fascismo y el nazismo no fue una reacción contra las tendencias socialistas del período precedente, sino el producto inevitable de aquellas corrientes” (Hayek, 1944, p. 30). Esta tesis hayekeana es, precisamente, la que vamos a tratar de abordar crítica y polémicamente.

El vienés Karl Popper también argumentaba en *The Open Society and Its Enemies*, aparecida en 1945, que las grandes similitudes dadas entre el marxismo y su contraparte fascista mostraban en realidad una raigambre intelectual casi idéntica. Pero, sin duda, podemos considerar que fue Ludwig von Mises el que edificó la interpretación liberal canónica de los movimientos y regímenes nazi-fascistas como modulaciones del género socialista pues, en lo esencial, según el vienés aquéllos no diferían de los socialismos de tipo marxista, y ello a pesar de los violentos enfrentamientos que se producían entre los partidarios de ambos idearios. Pues tal disputa, analizada de las premisas de esta interpretación, habría de comprenderse como una lucha intestina en el universo socialista.

La lucha de los marxistas contra los partidos que pomposamente se califican de antimarxistas se desarrolla con tal encarnizamiento de ambos lados y con tal

abundancia de expresiones violentas, que fácilmente estaríamos tentados de creer que hay entre estas tendencias una oposición irreductible. La realidad es por completo contraria, pues una y otra tendencia —el marxismo y el nacionalsocialismo— confluyen en un punto de hostilidad común frente al liberalismo y en la repudiación del orden social capitalista. Ambas doctrinas pretenden sustituirlo con una organización socialista. (Mises, 1932, p. 516)

No niega Mises diferencias programáticas entre las dos concepciones y, además, es cierto que utilizan retóricas, códigos y lenguajes distintos. Pero, a pesar de todo ello, el socialismo de Estado anida en la médula misma de ambos proyectos políticos.

Lo que separa al marxismo, al nacional-socialismo y a los otros partidos anticapitalistas, no son únicamente hostilidades de clan, diferencias de humor u oposiciones personales, palabras y fórmulas; son también cuestiones que se relacionan con la metafísica y con el concepto de la vida. Pero en los problemas decisivos, que conciernen a la organización de la sociedad, todos ellos se encuentran de acuerdo: rechazan la propiedad privada de los medios de producción y aspiran a crear una organización social fundada en la economía colectiva. (Mises, 1932, p. 517)

Pero es importante destacar que, si bien Mises manejaba este tipo de interpretaciones en 1932, cinco años atrás se movía en otros horizontes. En su trabajo *Liberalism* de 1927, en efecto, proclamaba que el fascismo había supuesto un dique de contención necesario y valioso para frenar el avance del socialismo.

Pero la verdad es que, en el fondo, lo que atrae a los seguidores, declarados y encubiertos, del fascio es su voluntad firme de recurrir a la violencia, espíritu del que, por lo visto, los liberales carecen (...). Pensamiento incorrecto. No cabe contrarrestar el asalto más que contraatacando con no menor energía. Frente a las armas comunistas, armas todavía más poderosas debemos utilizar. (Mises, 1927, p. 69)

Partiendo de semejante diagnóstico resultaba muy complicado mantener, como hemos visto que haría Mises pocos años después, una interpretación que situara a los fascismos dentro del género de los proyectos políticos socialistas. Por el contrario, en este trabajo Mises aseveraba de manera explícita que el fascismo podía concebirse y valorarse como un “mal menor” y una “solución de emergencia” que debía utilizarse para defender la civilización de la arremetida bolchevique, y no dudaba, por ello, de que el *fascio* habría de ser un aliado táctico y estratégico de la civilización liberal.

El fascismo atrae a gentes horrorizadas por las infamias comunistas (...). El fascismo combate al marxismo prohibiendo la difusión del ideario y aniquilando a quienes lo propagan. Pero eso es inefectivo; si, de verdad, en tal pugna, se quiere vencer, no hay más remedio que recurrir al mundo de las ideas; y, en tal terreno —notémoslo bien— sólo hay una filosofía que pueda eficazmente desarticular el pensamiento marxista: la teoría del liberalismo. (Mises, 1927, p. 70)

Programa económico liberal y terror fascista aparecían unidos en una eficaz simbiosis que alcanzó una efectividad histórica bastante prominente.

El actual triunfo fascista en ciertos países es tan sólo un episodio, un episodio más de la larga lucha en torno al derecho de propiedad (...). Admitamos que los dictadores fascistas rebosan de buenas intenciones y que su acceso al poder ha salvado, de momento, la civilización europea. La historia no les regateará tales méritos. (Mises, 1927, p. 70)

En este caso, por lo tanto, parece que es el liberalismo económico el que puede ganar su supervivencia tendiéndose en manos del fascismo y, precisamente, porque éste es utilizado por los dueños de la economía privada para aplastar todo intento de transformación política en un sentido socialista.

Y, por si hubiera dudas con respecto a esto, hemos de decir que en un texto mucho más tardío, *Omnipotent Government*, de 1944, Mises aseveraba explícitamente que, ante la

creciente amenaza socialista que se desarrollaba en el interior de la República de Weimar, la civilización hubo de ser salvada gracias a la acción feroz de los grupos reaccionarios y ultra-nacionalistas:

A principios de enero de 1919 no había en Alemania más que un problema político: elegir entre el totalitarismo bolchevique bajo la dictadura común de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, por una parte, y el parlamentarismo por otra. Esta lucha no podía ser resuelta con los pacíficos métodos de la democracia. Los comunistas no estaban dispuestos a someterse a la mayoría, tenían armas y dominaban en la mayor parte de la capital y en otros muchos lugares. Si no hubiera sido por las pandillas y tropas nacionalistas y por los restos del antiguo ejército, habrían podido conquistar el poder en todo el Reich e implantar el bolchevismo en Alemania. No había más que un elemento que podía contener su asalto y que lo contuvo: las fuerzas armadas de derecha. (Mises, 1944, p. 286)

Reteniendo estas palabras, volvamos por un momento a las tesis miseanas esgrimidas en *Die Gemeinwirtschaft*.

El mismo nacionalismo no niega el socialismo, y solamente le reprocha su carácter de “internacional”. El nacionalista quiere combinar el socialismo con las ideas de imperialismo y de lucha contra los pueblos extranjeros. No es socialista internacional, sino socialista nacional. En realidad, el nacionalista es también un adepto del socialismo. (Mises, 1932, p. 12)

Mises afirma que los grupos parapoliciales ultranacionalistas y reaccionarios que practican el tiroteo callejero, el asalto y la lucha armada contra los grupos socialistas y comunistas también aspiran a construir una comunidad socialista, sólo que pertrechados con una distinta cosmovisión chauvinista predispuesta a la beligerancia exterior y a la agresión imperial, desplazando o diluyendo todo vector de lucha de clases interna. Pero, entonces, resulta poco plausible mantener que unos y otros eran “igualmente socialistas” y, a la vez, aseverar simultáneamente que sólo gracias al triunfo del “socialismo de derechas” pudo

sobrevivir la civilización fundamentada en la propiedad privada de los medios de producción.

El propio Mises, reconociendo implícitamente lo evidente, no pudo sino terminar apoyando una teoría del mal menor que, y esto es lo importante, no podía formularse al mismo tiempo que se repetía la letanía de que nazis y socialistas venían a ser básicamente lo mismo. Ambas cosas no podrían ser simultáneamente sostenidas sin incurrir en contradicción.

A Hitler le subvencionaron las grandes empresas en el primer período de su carrera (...). Hitler les aceptó el dinero como acepta un rey el tributo de sus súbditos. Si le hubieran negado lo que les pidió, habría saboteado sus planes o los hubiera asesinado. Estas medidas radicales fueron innecesarias. Los capitalistas preferían permanecer en el nazismo reducidos a la condición de gerentes, a ser liquidados a la rusa por el comunismo. Tal como era la situación de Alemania no les quedaba otra alternativa. (Mises, 1944, p. 301)

En efecto, los grandes capitalistas conservaron su posición hegemónica dentro de la economía privada alemana. Y como veremos a continuación, resultará bastante problemático sostener que el régimen nazi o el fascismo italiano fueron acérrimos enemigos de la propiedad privada de los medios de producción.

También en las filas del liberalismo alemán, encuadrado en eso que dio en llamarse economía social de mercado, Wilhelm Röpke insistía en entender el fascismo como un radicalismo político antiliberal cuyo programa económico, ambiguo y difuso, representaba no obstante un intento de construir una alternativa al capitalismo. “En este aspecto destaca indudablemente el anticapitalismo de tipo fascista, que en el terreno económico representa lo que el antiliberalismo en el campo político” (Röpke, 1935, p. 66). En esta comprensión subyace una identificación en sí misma cuestionable, a saber, la identificación de liberalismo político y economía de mercado, aunque no podemos entrar ahora en ello (Polo, 2014). Röpke, y es lo que ahora nos interesa, postulaba, al modo como lo hacían los liberales vieneses, que el fascismo representaba una especie del género socialista:

Lo primero que ha de decirse a este respecto es que el fascismo es de esencia antiliberal, en el sentido de ser decididamente totalitario, en otros términos, que necesita sujetar toda actividad individual al Estado omnipotente (...). Hasta aquí no existe diferencia entre fascismo y comunismo. Pero se diferencia del comunismo en que de acuerdo con los sentimientos fundamentales de aquellos que le ayudaron a subir, no desea cambiar social ni económicamente la estructura de la sociedad. (Röpke, 1935, p. 75)

Si el comunismo extiende su fuerte intervencionismo político a la esfera económica (para introducir en ésta esenciales modificaciones estructurales), el fascismo necesita combinar su totalitarismo político con el “carácter individualista de la sociedad”, como nos dice Röpke (1935). Fascismo y comunismo son muy parecidos, dice la retórica liberal, con la pequeña salvedad de que aquél no tiene ninguna intención de modificar sustancialmente la estructura socioeconómica heredada, esto es, la estructura de una sociedad capitalista dominada por los grandes monopolios. Una salvedad que, empero, resulta enteramente decisiva para discriminar adecuadamente la contextura del movimiento fascista.

Ya Franz Neumann, incidiendo precisamente en lo anterior, comprendió desde muy temprano la impostura de esta interpretación liberal del fenómeno nazifascista. “Existe una tendencia creciente a negar el carácter capitalista del nacional-socialismo. Se le llama sistema de bolcheviquismo pardo” (Neumann, 1942, p. 254). Esa interpretación liberal asevera que con la llegada de los nazis al poder dejó de haber empresarios en el sentido liberal del término y la vida económica de Alemania empezó a quedar regida sólo por técnicos y burócratas cuya gestión no funcionaba a través de la acumulación de capital y la explotación de la fuerza de trabajo. La legalidad económica capitalista, junto con su sistema de relaciones de propiedad y producción, había sido suprimida. Pero ésta es la tesis que nosotros, como Neumann, trataremos de combatir en lo sucesivo. “Creemos que los antagonismos del capitalismo funcionan en Alemania [durante el régimen nacional-socialista] a un nivel superior y, por consiguiente, más peligroso, aun si los cubre un aparato burocrático y una ideología de la comunidad del pueblo” (Neumann, 1942, p. 259). Esta tesis de Neumann, como veremos, resulta clarificadora, plausible y pertinente.

## **La gran industria capitalista y el ascenso del fascismo**

Ian Kershaw (1985) señalaba la importancia, largamente discutida y debatida, de clarificar la relación existente entre las fuerzas económicas dominantes en Alemania durante las décadas de los veinte y los treinta y el desarrollo portentoso del nazismo:

Un tema importante es saber hasta dónde el ascenso nazi al poder fue producto del carácter del capitalismo alemán y de las maquinaciones y los objetivos políticos de los líderes de la industria alemana (...). Basta decir que, por muchas divisiones entre los estudiosos que siga habiendo, existe un amplio rechazo tanto a la rústica instrumentación de una opinión que ve al nazismo como un movimiento “criado” y controlado desde el principio por intereses capitalistas, como al igualmente torpe argumento en sentido contrario, que niega cualquier lazo estructural entre el capitalismo y el ascenso del nazismo. Esos estudios —tanto marxistas como no marxistas— aceptan en sentido amplio dos conexiones estructurales (...). Primero, es claro que había una creciente disponibilidad entre poderosos sectores de la élite industrial mucho antes del avance político nazi para descartar a la República de Weimar en favor de una solución autoritaria más digerible que restaurara la rentabilidad, en primera instancia por medio de la represión a los obreros. En segundo lugar, dentro del sector industrial, de muchas maneras escindido y desorientado por la crisis económica de principios de los años treinta, había una creciente tendencia, en medio de la profunda recesión, aun entre los sectores de la industria no particularmente bien dispuestos hacia los nazis, a tolerar al menos una participación nazi en el gobierno para así proporcionar el marco político dentro del cual el capitalismo podría reproducirse a sí mismo. Es importante destacar (...) el hecho mismo de que los nazis representaran algo así como la última esperanza más que la mejor opción para buena parte de la industria, porque proponían una forma de estado que apoyaría los intereses capitalistas. (p. 73)



Esto último resultará especialmente decisivo a la hora de rebatir la tesis propuesta por la escuela de Mises, pues la caracterización genérica que los liberales austriacos construyen del régimen nazi como un Estado y una economía de tipo colectivista se ajusta muy difícilmente a un estado de cosas en el que las relaciones de propiedad capitalistas se mantienen e incluso intensifican y potencian.

Es verdad que las interpretaciones marxistas más simplistas, esgrimidas por algunos historiadores de la RDA, sugerían una perfecta identidad entre el aparato de Estado nazi y los intereses del gran capital monopólico alemán, ignorando de este modo la relativa autonomía que el programa político e ideológico del nazismo guardaba con respecto a dichos intereses. Pero es importante resaltar la noción de *relativa* autonomía, pues deslizarse hacia la posición diametralmente opuesta, a saber, aquélla que concibe una absoluta desvinculación entre los intereses de las clases económicas dominantes y la evolución del movimiento nacionalsocialista, es incluso más difícil de sostener (Kershaw, 1985).

Es verdad, como hace notar Kershaw, que la política de exterminio suponía una contradicción flagrante con la más elemental racionalidad económica, pues, en efecto, movilizar un bien escaso y valioso, como eran los medios de transporte, para trasladar carga humana cuyo destino era la aniquilación, en un momento en el que además la industria alemana estaba muy necesitada de mano de obra, suponía, desde la perspectiva de la maximización de los intereses del capital, una acción esencialmente antieconómica que “desperdiciaba” ingentes cantidades de recursos materiales y humanos (Cf. Kershaw, 1985, p. 96). Pero no por ello los dueños de la economía privada dejaron de invertir y participar en la industria de la muerte organizada por el régimen nazi.

La participación directa y la colaboración de la industria alemana en el saqueo, explotación, destrucción y asesinatos en masa llevados a cabo por los nazis en los territorios ocupados continuaron hasta el final (...). Sin embargo, para el último año de la guerra, se hacía cada vez más obvio para “los grandes intereses” que el total abismo de destrucción que comenzaba a vislumbrarse era

lo contrario de cualquier política económica “racional”. Aun así, el divorcio entre el nihilismo radical del bloque nazi y los intereses materiales de la industria alemana sólo se concretó en la última fase de la guerra, durante los terribles coletazos del régimen en su agonía final. (Kershaw, 1985, p. 97)

Esto último podría apoyar la tesis de la casi total autonomía del programa ideológico-político nazi (absolutamente alejado, según dicha interpretación, de toda racionalidad económica) con respecto al desarrollo de los intereses capitalistas. T. W. Mason (1968) planteaba esta tesis de la *autonomía de lo político* dentro del régimen: “(...) tanto la política interior como la exterior del gobierno nazi, se fue volviendo, desde 1936, cada vez más independiente de las clases económicamente dominantes, e incluso, en algunos aspectos esenciales, fue contraria a sus intereses” (p. 172). Pero, en todo caso, la desvinculación del programa político nacionalsocialista de los intereses de la gran burguesía industrial alemana sólo se produce en el epílogo acelerado y catastrófico de la guerra, y no antes.

Sostenía Mason (1968) que a los miembros de la dirigencia nazi les era extraño un pensamiento edificado en términos estrictamente economicistas, y es esto lo que le lleva a infravalorar excesivamente el papel que la presión de los grandes grupos industriales pudiera haber ejercido en la toma de decisiones y en los lineamientos generales de la política interior y exterior del gobierno nazi. Según interpreta Mason, el régimen apenas tenía un programa económico estructurado y sistemático, y su alianza coyuntural con las élites económicas no pasaba de ser una mera circunstancia táctica. Estas élites, que en un principio quisieron instrumentalizar al movimiento nacionalsocialista en aras de sus propios intereses económicos, pretendieron ulteriormente deshacerse de él, siendo así que al final el propio movimiento adquirió tal potencia política que acabó incluso fagocitando a las propias oligarquías industriales, cuyos intereses quedaron entonces enteramente subordinados a una finalidad política que en absoluto tenía por qué coincidir con su cálculo empresarial. “Estos grupos esperaban asegurar su supremacía social, que se basaba en la propiedad privada y estaba amenazada por el Partido Comunista Alemán, cediendo *temporalmente* el ejercicio *directo* del poder político. Esta esperanza, naturalmente, no se cumplió” (Mason, 1968, p. 178). La burguesía industrial y los representantes políticos de

las viejas clases económicamente dominantes también quedaron barridos y fulminados por un movimiento que acabó desbordándolos a todos.

Mason, por lo tanto, concluye que en el régimen nazi acaba decantándose una emancipación de la esfera política con respecto a cualquier otro tipo de necesidad o prioridad (Cf. Mason, 1968, p. 197), al modo de un reverso tenebroso de la tesis de Karl Polanyi, que había definido el devenir de la moderna sociedad de mercado como un proceso histórico de emancipación institucional y normativa de la esfera económica (Cf. Polanyi, 1944, p. 121). Y esa primacía de lo político, cristalizada en una fortísima ideología racial, social-darwinista, pangermanista, ultranacionalista e imperialista, acabó diseñando un marco autónomo de decisión política desquiciada; un marco al que, según Mason, habían de supeditarse todos los desarrollos de la vida industrial alemana, cuyos cálculos económicos, lejos de poseer un estatus determinante, se desarrollaban enteramente subordinados a una irracional dinámica político-ideológica que acabó autodestruyendo al propio régimen.

También Karl Dietrich Bracher pone en cuestión la posible atribución al régimen nacionalsocialista de una política económica sistemática y bien definida, y arguye que el hecho mismo de haberse lanzado de un modo tan palmariamente antieconómico a una guerra tan devastadora dejaba en evidencia la absoluta primacía de la lógica política sobre la lógica económica (Cf. Bracher, 1969, p. 70). Pero hemos de señalar que hasta los últimos estadios de la guerra los beneficios que el Tercer Reich posibilitó y facilitó a todos los sectores importantes de la industria y las finanzas fueron colosales. “Las gigantescas ganancias de las principales empresas no eran un producto colateral incidental del nazismo, cuya filosofía estaba estrechamente ligada a la total libertad para la industria privada y la santificación del espíritu emprendedor” (Kershaw, 1985, p. 99). Thyssen, que no fue el único magnate que financió al NSDAP, afirmaba abiertamente en sus memorias que él mismo, al igual que se había hecho desde múltiples círculos industriales y financieros, había inyectado dinero a todos los grupos derechistas y ultra-nacionalistas que venían combatiendo el revolucionarismo izquierdista durante los años convulsos de la República de Weimar.

Enzo Collotti, que hace una reconstrucción magnífica de estas complejas dinámicas de financiación y utilización del creciente movimiento nacionalsocialista por parte de los círculos industriales y financieros más poderosos de Alemania, tal vez incurre en ese lenguaje demasiado simplista que comprende la emergencia y victoria del nazismo desde el prisma de una simple *utilización pragmática* de los dueños de la gran industria. Pero lo cierto es que esa financiación y esa utilización existieron de una manera palmaria.

En otras palabras, Thyssen, al igual que el resto de los magnates de la industria, veía en el nacionalsocialismo el instrumento adecuado de los intereses clasistas de la gran industria, que ya en el pasado había prestado apoyo a pangermanistas e imperialistas y que ahora se disponía a usar al NSDAP como ariete frente al movimiento obrero y como catalizador de todas las fuerzas de la derecha, nacionalistas y militaristas. (Collotti, 1962, p. 41)

Y tampoco hemos de olvidar el enorme interés que muchos magnates industriales norteamericanos mostraron por el proyecto nacionalsocialista, pues muchas de sus filiales en Alemania estaban viendo quintuplicados sus beneficios durante el Tercer Reich. La economía alemana, gracias al nuevo régimen, se encontraba libre de interferencias sindicales y de normas jurídicas protectoras del derecho laboral, lo cual generaba unas condiciones muy favorables para la rentabilidad de las inversiones industriales en suelo alemán (Pauwels, 2000).

Norberto Bobbio, tras exponer las notas características que definen la ideología fascista, comenta que en lo relativo a la economía dichos movimientos albergaron una cierta ambigüedad, ambivalencia y volubilidad indefinida.

Puede sorprender que entre los diversos criterios seguidos aquí para caracterizar el antidemocratismo no haya utilizado también el económico. El hecho es que mientras que existen una filosofía, una concepción histórica, una ética, una sociología, una doctrina política reaccionarias —que se repiten de modo uniforme más allá de las distancias de tiempo y lugar— no existe con una evidencia equivalente una economía reaccionaria. Antes que nada por una razón

de fondo, que deriva del proclamado antimaterialismo de toda forma de antidemocracia: en una concepción espiritualista de la historia, no hay lugar para las fuerzas materiales, o por lo menos ellas deben estar subordinadas a las fuerzas del espíritu, y por tanto tienen a lo sumo una función instrumental; la economía no es determinante, sino determinada; toda forma económica es buena, mientras que esté dirigida a los fines de potencia hacia el exterior y de orden en el interior. (Bobbio, 1997, p. 61)

Es evidente, no obstante, que cuando descendemos desde los programas maximalistas a la arena de los efectos históricos comprobamos que la *forma económica* de los fascismos podemos comprobar que estos movimientos se constituyen primordialmente como una potencia revolucionaria destinada a plasmar un orden político en el que queden aplastadas las organizaciones políticas de las clases trabajadoras agrarias e industriales. Si bien es verdad que, en muchas ocasiones, las diatribas retóricas de estos movimientos atacan a la “plutocracia materialista y burguesa”, desde cosmovisiones históricas irracionales y vitalistas, lo cierto es que el papel de la viajes clases propietarias acaba quedando reforzado y blindado. Al final, en suma, la forma económica de los fascismos, con sus múltiples matices histórico-nacionales, y a pesar de sus agresivas soflamas difusas y sus devaneos pragmáticos ajustados a la coyuntura, confluyen sistemáticamente en la imposición de un fuerte “orden en el interior”, como decía Bobbio, o en políticas de “paz industrial”, como destacaba más crudamente Paul Einzig (1933).

El historiador fascista Gioacchino Volpe puso de manifiesto que el movimiento fascista, que acabó integrando elementos proletarios y elementos burgueses, constituía sin embargo un eficaz disolvente de la conflictividad clasista. El fascismo persiguió en todo momento el establecimiento de una nueva alianza entre las grandes fuerzas históricas de la nación que se tradujera, finalmente, en una síntesis social armónica que pudiera dejar atrás la primacía del antagonismo entre las clases sociales en aras de una nueva organicidad ético-nacional. Pero, y esto es fundamental, sin que por ello quedara destruida, en última instancia, la jerarquización capitalista (Cf. Volpe, 1939, p. 56).

Es cierto que el programa fascista tiene unos orígenes embrionarios en el sindicalismo revolucionario, pero no se ha de olvidar que este movimiento fue, desde siempre, un sindicalismo que trató de supeditar la revolución obrera a la glorificación de la Nación: “(...) muchos líderes sindicalistas de 1906 eran nacionalistas en 1908. Su aversión hacia el socialismo internacionalista y humanitario venció a su ideología de lucha de clases y les condujo fácilmente a un vivo patriotismo” (Rosenstock-Franck, 1934, p. 16). Un movimiento sindical que, en una evolución inequívoca, acabó por mostrarse cada vez menos *socialista* y progresivamente más *nacional*, anestesiando con ello toda confrontación real entre clases en aras de una densa solidaridad que había de preservar antes que nada la integridad de la comunidad orgánica nacional frente a todo intento externo o interno de disolución (Cf. Sternhell & Asheri, 1989). A pesar de los recelos iniciales, pronto comprobaron los industriales italianos que el sindicalismo fascista, en última instancia, no entorpecía sus intereses. “Mussolini se sentía ávido de demostrar personalmente al mundo del dinero que tenía mucho que ganar con la victoria fascista” (Sarti, 1971, p. 61).

El 26 de Octubre de 1922, cuando ya las columnas fascistas se hallaban en la inminencia de su marcha sobre Roma, Mussolini se dirigió a un prominente grupo de industriales, asegurándoles que los objetivos primarios del golpe eran, en esencial, restablecer la disciplina productiva nacional, esto es, restablecer el orden dentro de las fábricas. En ese sentido, la patronal acabó confiando en el pragmatismo de un régimen que no habría de lanzarse a ímprobos experimentos sociales, manteniendo una tranquilizadora fidelidad a la ortodoxia económica (Cf. Sarti, 1971, p. 64). Las aspiraciones más socializantes del movimiento fascista, cuya máxima expresión fueron los sindicatos mixtos proyectados por Rossoni que aspiran a una integración corporativa de las organizaciones del capital y del trabajo, pronto quedaron sumidas en un permanente aplazamiento inconcluso. Mussolini jamás desarticuló la autonomía que de facto ejercían las poderosas organizaciones sindicales (Cf. Sarti, 1971, p. 93).

G. D. H. Cole, historiador socialista, afirmaba que el fascismo y el nazismo utilizaron a los capitalistas, más que éstos últimos se sirvieran de aquéllos. En ese sentido, el auge de los movimientos fascistas también obedecía al hundimiento de una civilización, la que estaba

sustentada en una inédita arquitectura institucional de libres mercados generalizados, precisamente en tanto que al calor de este derrumbe el fascismo ofrecía una nueva identidad política reactiva a un cuerpo social explotado, sí, pero también atomizado, descompuesto y que caminaba hacia su liberal y mercantil desintegración (Cf. Cole, 1960, p. 19). Cole no desprecia el factor interés de clase, evidentemente, pero cree que no puede sostenerse de manera simplista que el fascismo fue *solamente* una creación de la burguesía para desarticular las demandas de un movimiento obrero que amenazaba con convertir la Europa occidental en un apéndice del bolchevismo. En la anterior interpretación, como ya hemos advertido, el fascismo y el nazismo aparecen como instrumentos políticos y parapoliciales de la burguesía y de los capitanes de industria. Pero, desde una perspectiva más amplia, es importante comprender que el fascismo jugó un papel incisivo en esa movilización de unas masas desamparadas y desarraigadas por los efectos del sistema de mercado, cuyo mecanismo había triturado profundamente la urdimbre social. El fascismo, en ese sentido, proporcionó a los pueblos desarraigados y maltratados por la civilización del mercado un nuevo mito identitario al que poder adherirse a través de un fuerte sentido de pertenencia (Cf. Mosse, 2004).

Es importante advertir una vez más, por lo tanto, contra ese reduccionismo extremo, propio de la Tercera Internacional, que sostiene que el fascismo fue nada más que “una dictadura terrorista del gran capital”, como afirmaba Emilio Gentile (2002). Bracher (1976), autor que ya mencionamos más arriba, resalta el fracaso explicativo de este género de interpretaciones:

Los regímenes fascistas no se pueden explicar monocausalmente como expresión de un capitalismo agonizante, y el nacionalsocialismo no debe su poder (...) simplemente a la capacidad de ‘ocultar a las masas su carácter capitalista, para poder imponerse en la Alemania proletaria’. (p. 32)

Pero, a fuerza de subrayar y enfatizar el error de esa interpretación reduccionista termina, empero, aseverando que fascismo y socialismo habían germinado en una misma matriz y acaba diluyendo, por lo tanto, toda diferencia entre el movimiento nacionalsocialista y el

movimiento comunista. Señala el historiador alemán que la metodología fascista y nacional-socialista para la toma del poder parece ser completamente distinta, en sus objetivos y principios, a la aplicada por los partidarios de la revolución comunista pero, cuando se analiza todo más de cerca, esas diferencias superficiales se diluyen en una misma “forma totalitaria” de conquistar y perpetuar el poder político (Cf. Bracher, 1976, p. 41). Una forma que se manifiesta y desarrolla en un mismo programa de totalización política de la entera vida social y personal a manos de un Estado omnipotente y omnipresente, ya sea en un régimen totalitario dirigido por las derechas o por las izquierdas (Cf. Bracher, 1976, p. 59).

Profundizando, quizás excesivamente, en esa misma interpretación François Furet nos advertía contra esa concepción puramente negativa y reactiva del fascismo que lo entendía como una simple y mecánica respuesta al bolchevismo, pues desde ese punto de vista apenas podríamos aprehender la singularidad de un fenómeno tan complejo (Cf. Furet, 1995, p. 190). Aunque es cierto que fascismo y comunismo han de explicarse poniendo al uno en relación dialéctica con el otro, ha de entenderse, insiste Furet, que ambos movimientos proceden de una misma simiente de desesperación social y violencia, de una misma matriz de posguerra en el que las masas, que adquieren un rol político inédito y potente como jamás se había visto, llevan a la paz la cosmovisión pergeñada en la guerra. En ese sentido, un mismo odio antiburgués anida en la pasión política de las masas que se vuelcan en una deriva revolucionaria dirigida a lo nacional o en una deriva revolucionaria dirigida a lo social, pues en uno y otro caso se movilizan elementos anticapitalistas que exaltan el valor de lo comunitario por encima del individualismo pequeño-burgués (Cf. Furet, 1995, pp. 191-193). Furet, partiendo de una acertada prudencia que se aleja de la tesis simplista y reduccionista que contempla al fascismo como un mero instrumento de la burguesía capitalista, termina, empero, deslizándose hacia una interpretación que se sitúa claramente en la estela de los liberales austriacos, como ahora veremos.

El gran mito de la clase y el gran mito de la nación, aparentemente enfrentados en una enconada lucha, emergen empero de una misma raíz y comparten decisivos elementos. Esos poderosos mitos sociales que, según los caracterizara Georges Sorel, pueden electrizar



violentamente a las multitudes y galvanizar entusiasmos irracionales de unas masas movilizadas por cauces bien distintos de los tradicionales, habían constituido el material altamente inflamable que provocó finalmente la combustión y el estallido brutal de toda la institucionalidad liberal decimonónica (Sorel, 1908). Y esta edad de las masas deviene irremediamente edad de las tiranías pues, como dijo Élie Halévy en 1936, el comunismo se hacía cada vez más nacional mientras que el fascismo se hacía cada vez más social, en una confluencia que en modo alguno resultaba paradójica, toda vez que ambos proyectos provenían de un mismo quebrantamiento del orden liberal basado en el individualismo. Aquí tenemos expresada, y en un momento bien temprano, la quintaesencia de la interpretación liberal de los fascismos.

Pero un análisis que pretende derivar el socialismo y al fascismo de una misma matriz pierde necesariamente la perspectiva histórica de los intereses que se ponían en juego detrás de los programas ideológicos y más allá de las exaltadas soflamas. Furet, en ese sentido, se oponía abiertamente a tomar en consideración la realidad determinante de dichos intereses sociales. “El misterio de esos regímenes no puede aclararse a través de intereses sociales, ya que se debe precisamente al carácter inverso: a su terrible independencia con respecto a esos intereses, sean burgueses o proletarios” (Furet, 1995, p. 194). Y, aunque reconozca el papel influyente y a veces incluso decisivo que la burguesía italiana y buena parte de los liberales desempeñaron en el ascenso de Mussolini, advierte que la naturaleza anticomunista del movimiento apenas explica nada de la emergencia y consolidación de éste, toda vez que el fascismo es mucho más que un instrumento de contención del comunismo (Cf. Furet, 1995, p. 208).

Creemos que Eric Hobsbawm estaba más en lo cierto cuando indicaba que el ascenso imparable de la derecha radical podía explicarse como una respuesta al mero *peligro* de una revolución en Occidente análoga a la de Octubre. En efecto, la reacción derechista obedecía más al fortalecimiento de una clase obrera institucional y políticamente organizada que al mero bolchevismo insurreccional y violento, toda vez que éste último no suponía en realidad una amenaza potencial y omnipresente en la Europa occidental (Cf. Hobsbawm, 1994, p. 131). Pero es cierto que los viejos estamentos reaccionarios y tradicionalistas no

podían ya contener el crecimiento paulatino del movimiento obrero organizado, y hubo de intervenir una violenta fuerza de choque que manejara de manera sistemática y diligente la nueva tecnología política de las masas. “Los fascistas eran los revolucionarios de la contrarrevolución” (Hobsbawm, 1994, p. 124). Los movimientos fascistas supieron manejar una estética, una retórica y una simbología que en algún sentido y aspecto podían entroncar con las tradiciones revolucionarias obreras, a lo que se añadía una demagogia antiplutocrática y antioligárquica. Aunque, bien es cierto, en la Alemania nazi pronto se tomaron las medidas oportunas destinadas a extirpar quirúrgicamente cualquier programa anticapitalista real.

### **La reproducción del dominio capitalista en el interior de los regímenes fascistas**

Es cierto que la composición obrera del movimiento fascista no es un fenómeno desdeñable, de la misma manera que es importante saber que una parte de la burguesía liberal siempre se mantuvo en posiciones antifascistas (Cf. Nolte, 1968, p. 81). Bracher, en ese sentido, aporta unas cifras muy significativas. “En fin de cuentas, en 1933 casi un tercio de los miembros del NSDAP (750.000) provenía de las filas obreras” (Bracher, 1969, p. 66). Pero se ha de recordar con el suficiente énfasis que el programa nacionalsocialista de 1920, en lo que atañe a sus puntos más beligerantes con la propiedad capitalista, fueron absolutamente barridos y jamás fueron puestos en práctica.

Toda la retórica de Gottfried Feder, el profeta de la “abolición de la servidumbre de la ganancia y del interés del dinero”, que lanzaba ardientes filípicas contra el poder desmesurado de las finanzas, quedó sumida en la nada y la socialización de los medios de producción quedó obliterada en un papel olvidado que jamás supuso una línea programática real. Hitler, por ejemplo, acabó dando una interpretación tendenciosamente restringida del punto del programa inicial del NSDAP que recogía la posibilidad de una expropiación sin indemnización, y tranquilizaba a los grandes propietarios y latifundistas al advertirles que no se trataba en absoluto de una política indiscriminada de socialización sino un mero instrumento ocasional destinado, en esencia, a la confiscación de bienes en manos de la población judía.

El abandono definitivo de las posiciones confusamente anticapitalistas defendidas por Strasser no fue un hecho ocasional. Significó el retorno sin reservas a las premisas ideológicas antimarxistas, racistas e imperialistas del movimiento, teorizadas sistemáticamente en *Mein Kampf* (...) Hitler buscó el camino de la gran industria y de las finanzas porque tenía necesidad de medios financieros y de apoyos sustanciales para llegar al poder; si bien sus objetivos no siempre eran claros, los círculos industriales no le regatearon su ayuda, sobre todo a partir de 1930, porque veían en el NSDAP la afirmación de sus aspiraciones reaccionarias, antisocialistas y autoritarias. Estos círculos no podían permanecer sordos ante un lenguaje como el de Hitler, que prometía la destrucción del tan odiado movimiento obrero y lisonjeaba a las clases empresariales haciendo bailar ante sus ojos el espejismo de una Alemania que recuperaba el antiguo poderío, que volvía a ser una potencia mundial, y en la que prosperaría también la economía, estancada tras la humillación de Versalles y la revolución de noviembre. (Collotti, 1962, p. 49)

El peligro de una irrupción comunista que por fin pudiera cuajar, y la siempre poderosa influencia de la socialdemocracia, no habían sido contrarrestados por los débiles partidos burgueses, y tampoco por los sectores conservadores tradicionales. La clase empresarial, asustada ante las fuerzas rojas, empezó a ver en un NSDAP cada vez más potente y consolidado un eficaz instrumento para defender sus intereses de clase. Cabe hablar aquí, por lo tanto, de una cierta instrumentalización recíproca entre el movimiento nacionalsocialista y la oligarquía empresarial alemana, muy dispuesta a escuchar la demagogia exaltada de Hitler, por ejemplo, cuando éste aseguraba en un discurso dado ante los industriales de Hamburgo que el renacimiento de Alemania sólo podría columbrarse cuando los últimos bacilos infecciosos de la *Weltanschauung* marxista fueran extirpados, en una significativa construcción discursiva e imaginaria que entrelazaba un lenguaje biologicista, muy funcional para las formulaciones racistas y el odio de clase (Cf. Collotti, 1962, p. 51).

La demagogia nacionalista e imperialista fue paulatinamente contemplada por los dueños de la economía privada como una fuerte coraza que podría servir para mantener sojuzgado al poderoso movimiento obrero en los planos sindical y político.

La crisis económica iba a ofrecer a la gran industria el pretexto para invocar la dictadura; la industria —según cuenta Thyssen— quería “una economía sana dentro de un Estado fuerte”; es decir, dejando a un lado la metáfora, un Estado autoritario al servicio de sus intereses de clase que ahogara para siempre las apariencias democráticas y con ellas al movimiento obrero. En este punto ya no tuvieron inhibiciones los capitalistas alemanes, y comenzaron a afluir generosos donativos financieros a las cajas del NSDAP. (Collotti, 1962, p. 54)

Es importante retener la fórmula de Thyssen, pues lo que en realidad denota es una economía privada de tipo capitalista funcionando a pleno rendimiento en el interior de un Estado autoritario en el que quedan desactivadas toda garantía jurídica y toda institución democrático-republicana y donde, asimismo, terminan por ser aniquiladas toda libertad política, sindical y civil. El movimiento nazi, por lo tanto, fue aplaudido, sostenido y financiado sistemáticamente por la oligarquía empresarial-financiera alemana, pues con los nacionalsocialistas en posiciones de poder la “conflictividad de clase” iba a quedar definitivamente ahogada en aras del supremo interés nacional que finalmente coincidía, como no podía ser de otra manera, con los intereses de los grandes industriales, banqueros y latifundistas (Cf. Collotti, 1962, p. 67).

El nacionalsocialismo exponía con énfasis la embriagadora imagen de una comunidad nacional liberada de la lucha clasista y las clases poseedoras no podían sino sufragar los gastos de semejante proyecto:

Hitler contó en su campaña electoral con el respaldo de una afluencia de fondos nueva, sin precedentes en realidad, procedente de la industria. El 11 de Febrero [de 1933] inauguró una exposición internacional del motor en Berlín y anunció un ambicioso programa de construcción de carreteras y reducciones fiscales para ayudar a los fabricantes de automóviles. El 20 de Febrero un gran grupo de

destacados industriales se reunieron en la residencia oficial de Göring y se les unió Hitler, quien proclamó una vez más que la democracia era incompatible con los intereses empresariales y que había que acabar con el marxismo. (Evans, 2003, p. 366)

Un programa tal, lejos de poder comprenderse como una socialización de la vida industrial, habría de ser explicado como un proceso de reforzamiento de la economía privada que se acompañaba, como resulta constatable, de una eliminación sistemática de toda resistencia que el mundo del trabajo pudiera oponer (en forma de acción sindical y labor política parlamentaria, con sus concreciones en forma de legislación social y laboral) al despliegue de la acumulación capitalista.

Los sindicatos socialdemócratas, como primero lo habían sido los comunistas, fueron exterminados sin remisión, a pesar de los últimos intentos conciliadores que sus dirigentes trataron de entablar desesperadamente con el nuevo Gobierno, que estableció el Primero de Mayo como Día del Trabajo Nacional. El 2 de mayo los camisas pardas y las SS irrumpieron en las sedes de todos los sindicatos socialdemócratas, clausurando sus periódicos. En las últimas elecciones verdaderamente libres, en Noviembre de 1932, el voto socialdemócrata sumado al voto comunista había sido significativamente superior al voto nazi. Pero ahora, tras una sistemática política de terror y violencia, el movimiento obrero había sido aplastado en todas sus vertientes políticas y sindicales (Cf. Evans, 2003, pp. 395-402).

Es verdad, como señala S. J. Woolf, que en las cláusulas económicas de los programas originales fascistas, el manifiesto fascista italiano de 1919, el programa nacionalsocialista de 1920 y la obra de Kita Ikki, inspiración de los jóvenes nacionalistas japoneses, rezumaban todos ellos una fuerte fraseología anticapitalista. “Una profunda desconfianza hacia el ‘gran capital’ invade la filosofía económica de estos primeros fascistas” (Woolf, 1968, p. 131). Bien es cierto, no obstante, que finalmente toda esa retórica no puede ocultar que el objetivo es crear una suerte de “comunidad popular” en la que toda forma de lucha de clases quede diluida y desactivada para construir, a su vez, una férrea unidad nacional

que se defiende de los pueblos extranjeros atacándolos. El movimiento fue, es cierto, nacional-revolucionario, en tanto que dinamitó todas las viejas estructuras sociopolíticas sin detenerse siquiera ante los viejos conservadores o ante los tradicionalistas monárquico-prusianos, en el caso de Alemania, a los que desbordó con creces y a los que achacó una debilidad inoperante para detener en el interior de la nación la creciente acción corrosiva del movimiento obrero marxista internacional y a los que imputó, de igual modo, el sometimiento de Alemania a las potencias extranjeras que habían mancillado su orgullo.

Un furibundo y rabioso nacionalismo con vocación imperialista, combinado con un absoluto desprecio del socialismo internacional, construyeron un imaginario en el que se ensalzaban las figuras del trabajador y el campesino a través de pseudorrománticos discursos deliberadamente difusos que remitían a la sangre y la tierra (Cf. Bracher, 1969, p. 73). Pero esta apelación a una suerte de “comunidad nacional-popular” proyectada por el nazismo, a la que se refiere utilizando ciertos eslóganes semisocialistas y contrarios a la élite económica, se construye, aparentemente, contra los desmanes del liberalismo económico pero también, y podríamos decir *ante todo*, contra el marxismo: “El nacionalsocialismo, como la mayoría de los grupos nacionalistas alemanes que lo precedieron, proclamaba para la sociedad alemana una *Volksgemeinschaft* o ‘comunidad del pueblo’ que uniría a todos los verdaderos alemanes y trascendería las viejas divisiones sociales” (Payne, 1995, p. 241). Los discursos que una y otra vez apelaban a la entera subordinación de los egoístas intereses de clase a la unidad viva de la nación, entendida como un todo superior y sagrado, se decantaba de facto en una jerarquización neofeudal del mundo del trabajo cuyo efecto más notorio era un “restablecimiento del absolutismo patronal en el seno de la empresa” (Guérin, 1936, p. 257). Por lo tanto, el empleo de la voz *socialismo* en semejantes contextos no dejaba de ser una mera fórmula efectista y demagógica que mistificaba la verdadera naturaleza nacionalista-imperialista de un régimen que en ningún momento programó alterar las relaciones de producción capitalistas (Cf. Collotti, 1962, p. 105).

Por lo tanto, la efectividad histórica del fascismo no fue otra que la de frenar el avance político del movimiento obrero.

Así pues, a despecho de las protestas esporádicas del ala izquierda fascista contra el gran capital y los terratenientes ausentes, los regímenes abandonaron rápidamente todo intento para cambiar radicalmente la estructura existente del poder económico, y permitieron en cambio que esta estructura se pusiera al servicio de sus fines económicos políticamente motivados. (Woolf, 1968, p. 133)

La estructura interna de la economía no fue modificada:

Los gobiernos de Italia, Alemania y Japón, tenían pocos deseos de nacionalizar las industrias (...). La política de los regímenes era más bien dejar al sector industrial en manos privadas, y asegurarse de que actuara de acuerdo con las ‘necesidades’ nacionales. (Woolf, 1968, p. 139)

El sector privado, esto es crucial, permaneció intacto. “La economía fascista, en muchos aspectos básicos, es, desde luego, una economía capitalista” (Woolf, 1968, p. 147). La fuerza impulsora de la obtención de ganancias por parte de la economía privada jamás dejó de operar, y esto es algo que debe ser destacado. (Cf. Neumann, 1942, p. 327). Como bien señalaba Harold J. Laski (1935), la protección del beneficio privado constituyó un eje inamovible del Estado fascista.

El sometimiento de los trabajadores dentro de la empresa capitalista bajo el régimen nazi se intensifica exponencialmente.

La concepción jerárquico-autoritaria del nazismo, transferida a la vida económica, se transforma en el triunfo del paternalismo más integral y de la arbitrariedad empresarial más absoluta. Suprimidos los sindicatos, el director de la empresa, cuya figura adquiere por otra parte una coloración racista, pues se supone que surge de una selección de los mejores, queda investido de la función patriarcal-paternalista de jefe de su comunidad en todos los aspectos. (Collotti, 1962, p. 106)

El capitán de industria disponía con absoluta libertad sobre la mano de obra, que quedaba subordinada a una autoridad incontestable que proyectaba dentro de las empresas el mismo *Führerprinzip* que regía en la vida nacional. La abolición de los sindicatos y la prohibición de toda organización autónoma de los trabajadores culminó un proceso de aniquilación de todo poder colectivo de los obreros dentro de las empresas.

El esfuerzo principal del régimen se orientó indudablemente hacia la liquidación del espíritu clasista de los trabajadores. A este fin no se escatimó ningún arma propagandística para convencer a los trabajadores de la sustancial identidad y comunidad de intereses existentes entre ellos y los empresarios, a quienes estaban sometidos. (Collotti, 1962, p. 110)

Este principio organizativo perseguía despojar a los trabajadores de todo derecho de negociación de las propias condiciones de trabajo y de todo poder socioeconómico efectivo.

Los asalariados habían de cumplir su función productiva infatigablemente y sin perturbar la paz social con ningún tipo de intervención política. Es muy importante entender que los regímenes fascistas tratan de disciplinar coactivamente las relaciones laborales sumergiendo al trabajador en unas condiciones de auténtica indigencia política y jurídica, sí, pero también tratando de organizar un esquema “bioproductivista” caracterizado por una servidumbre laboral que *naturaliza* las jerarquías dentro de la empresa e intensifica de manera exponencial la extracción de energía de unos cuerpos laborantes desprovistos de todo derecho y puestos a funcionar a toda máquina según los esquemas de un taylorismo desaforado. El control total de la mano de obra por parte de la discreción empresarial quedaba constituido por esta alianza entre la lógica productiva racionalizadora, que sin cortapisas quiere extraer todo el rendimiento posible de una fuerza de trabajo enteramente sometida, y la modernización de la nación, tan cacareada por Mussolini (Cf. Andreassi, 2004, pp. 280-281). También en el régimen nazi la fuerte jerarquización dentro de la comunidad empresarial (*Arbeitswissenschaft*) implicaba que toda participación obrera en la gestión productiva y en la toma de decisiones, así como cualquier otra forma de democracia económica en el interior de la misma, implicaba un quebranto antinatural del principio de



autoridad ejercido por el indiscutible liderazgo empresarial y, además, otorgar un poder negociador a los trabajadores supondría un menoscabo de la racionalización técnica propia del orden productivo.

En Italia, Giuseppe Tassinari, propagandista del fascismo, afirmaba que el Estado fascista y el Estado liberal eran, en lo económico, netamente distintos (Cf. Tassinari, 1937). El liberal, en efecto, era un Estado abúlico que no intervenía en la anarquizante esfera económica donde chocaban todas las fuerzas materiales individuales. Por el contrario, el Estado fascista, que no creía en armonías económicas espontáneas, intervenía en la vida económica para encauzarla, disciplinarla y dotarla de integridad.

El Estado tiene el derecho de intervenir para evitar que las sanas energías de la Nación se malogren y para que las sagradas fuerzas del trabajo del pueblo no se prodiguen en formas que puedan ser nocivas a la misma vida y poderío de la Nación. (Tassinari, 1937, p. 19).

En ese sentido, las diatribas fascistas contra la anarquía del modelo económico liberal aparecen una y otra vez promoviendo el advenimiento de un Estado fuerte que pueda organizar e integrar armónicamente las fuerzas productivas de la nación, para que ésta no vea alterada su consistencia y poderío como efecto del descarriamiento de unas fuerzas laborales que puedan “prodigarse” de una manera díscola y combativa en su lucha contra la explotación económica. Esas “fuerzas del trabajo del pueblo”, tildadas de “sagradas” por la retórica fascista, han de estar empero lo suficientemente disciplinadas y encuadradas como para que no constituyan jamás un sujeto político antagonista.

Pero, a la vez que Tassinari (1937) diserta sobre la necesidad de un Estado fuerte que intervenga y regule la vida económica, asevera que el fascismo “ha afirmado ya hace tiempo su fe en la iniciativa privada como factor insuprimible de la producción económica” (p. 24). La retórica a la que antes aludíamos pretende mostrar que el trabajador, en el régimen corporativo fascista, suprimía la posición subalterna que había venido mostrando con respecto al dueño de la empresa dentro del orden socioeconómico liberal. Superando todo concepto nocivo de lucha de clases, de terribles efectos disgregadores para la unidad

potencial de la nación, el fascismo camina hacia una nueva integración orgánica en la que los cierres patronales están tan prohibidos como las huelgas obreras, en aras de un concepto superior de integración nacional que supera el antagonismo cruento y corrosivo de los intereses clasistas. En ese sentido, Tassinari (1937) indica que el programa fascista, como quedó plasmado en la *Carta del Lavoro* de 1927, ha pretendido desmercantilizar la fuerza de trabajo. Sin embargo, apenas unas páginas después, señala que la determinación del salario no debe perjudicar al justo provecho del empleador o patrono, toda vez que ello anularía las fuentes mismas de la iniciativa necesaria para crear riqueza, recayendo por lo tanto en la determinación salarial a través de “acuerdos contractuales libres” que se atengan en todo momento a la coyuntura del ciclo económico (Cf. Tassinari, 1937, p. 35). En suma, se mantiene la prioridad del beneficio de los dueños privados de las empresas y la posición subalterna de las clases laboriosas, a pesar de esa fraseología fascista propia de la ideología corporativista que hablaba de un equilibrio orgánico y de una colaboración no antagónica entre trabajadores y dueños privados de los medios de producción, cuyos respectivos intereses particulares habrían de quedar fundidos en una misma unidad ética constituida por la solidaridad productiva nacional (Cf. Einzsig, 1933, p. 81).

El propio Mussolini, en ese sentido, lo afirmaba explícitamente en el *Il Popolo d'Italia*, con rotunda y meridiana claridad. “En materia económica somos liberales en el sentido clásico de la palabra” (Tasca, 1938, p. 186). Alberto De Stefani, designado por el *duce* Ministro de Finanzas en 1922, puesto que ocupó hasta 1925, impulsó un programa económico abiertamente liberal que plasmaba medidas de contención del gasto público, privatización de servicios públicos, retirada de controles gubernamentales sobre los precios de bienes de consumo básicos y alquileres o reducciones de la presión fiscal a las rentas más altas (Cf. Andreassi, 2004, p. 268). Lo que tenemos, en suma, es un programa económico fascista que elimina todas esas políticas públicas redistributivas de posguerra que el anterior gobierno de Giolitti, que no era socialista, había puesto en marcha ante la tremenda presión ejercida por clase obrera durante el llamado *Biennio Rosso*, ese convulso periodo caracterizado por la ocupación de tierras y fábricas y atravesado por una poderosísima movilización de los sindicatos que desembocó en la formación de consejos obreros. El gobierno de Giolitti tuvo

que ceder a muchas de las reivindicaciones de los trabajadores, como la jornada de ocho horas, incrementos salariales o la convalidación de los comités de empresa como agentes negociadores efectivos. La burguesía agraria e industrial estaba aterrada, y es por ello que se echa sin tapujos en manos del *squadristo* de los grupos fascistas, que lanzan con terrible violencia una contra-ofensiva destinada a aniquilar física, moral y organizativamente la potencia política del movimiento obrero.

### **Disciplinamiento y sometimiento de la clase obrera organizada**

La constitución de Weimar albergaba una composición interna que se tensionaba entre principios contradictorios de corte liberal y socialista, y cuya exégesis en un sentido o en otro, según la correlación de fuerzas existente en cada momento, habría de marcar el recorrido turbulento de la república, hasta su definitiva disolución. Los juristas del movimiento obrero alemán, estrechamente vinculados a la socialdemocracia, eran plenamente conscientes de que era posible y deseable un desarrollo del articulado constitucional en un sentido marcadamente socialista (Cf. Colom, 1992). El artículo 165, por ejemplo, permitía consolidar formas de auténtica democracia económica, en tanto que los trabajadores habían de participar conjuntamente con los empresarios en la regulación de las condiciones laborales y salariales, así como en las decisiones de la propia gestión productiva. De igual modo, los artículos 155 y 156 permitían nada menos que la expropiación y socialización, con arreglo a derecho, de cualquier propiedad cuyo uso hubiera de ser puesto al servicio de un interés superior. La estrategia reformista de la socialdemocracia, por supuesto, se encontró con una política obstruccionista por parte de la judicatura de Weimar, cuya composición era fuertemente reaccionaria, tradicional y decididamente antisocialista, por lo cual el poder legislativo encontró enormes resistencias en el desarrollo de una cristalización socialista de la Constitución (Cf. Villacañas, 2001).

En cualquier caso, el Estado Derecho contenía una fuerte virtualidad socialista en su seno, como siempre supo ver Hermann Heller (1925), politólogo y jurista del ala no marxista del SPD:

Y con una visión estrictamente jurídica, tampoco se requeriría, para prestar acomodo a una organización socialista del Estado, cambiar una sola rúbrica de la Constitución de Weimar. El óbice no está en la forma política, sino en la falta de poder del socialismo. (p. 232)

Otorgar una dirección socialista al Estado de Derecho empieza a ser perfectamente plausible cuando las clases trabajadoras obtienen una representación mayoritaria en la cámara legislativa.

La conciencia de sí mismo despierta en un proletariado constantemente creciente, lo que le conduce a hacer suya en forma de democracia social la exigencia de la democracia burguesa. Organizado autónomamente en partidos y sindicatos logra imponer en el poder legislativo del Estado de Derecho su participación. Este poder legislativo del pueblo aparece así como el espíritu que la burguesía había evocado y que, si no quiere negarlo en sus propios fundamentos y ahuyentarlo con el Belcebú de la dictadura, no puede ya expulsar (...). Este rodeo por la política hace más peligroso —también en términos económicos— para la burguesía a un proletariado que en adelante va a estar jurídico-políticamente equiparado a ella. El débil económicamente intenta por medio de la legislación trabar al económicamente más fuerte, obligarle a mayores prestaciones sociales y hasta desalojarlo de su propiedad (...). La posibilidad de que, por vía del Estado de Derecho, sea el proletariado permanentemente desplazado del legislativo está excluida (...). La burguesía comienza ya a desesperar del ideal del Estado de Derecho y a renegar de su propio universo cultural. (Heller, 1929, p. 287)

Tan exasperadas estaban las clases poseedoras con una República constitucional que contenía indubitables virtualidades socialistas o socializantes, que terminó por abjurar del orden jurídico vigente, renegando del Estado de Derecho y lanzándose a una deriva cada vez más anti-republicana. Heller advertía a los sectores reaccionarios enemigos de la República, tal vez con excesivo candor, que debían comprender que la corrosión de la

comunidad nacional no advenía con el sometimiento de la vida económica al imperio de la ley bajo la égida del Estado social de Derecho, sino de la mano de una producción capitalista anárquica y no sujeta a ninguna regulación social (Cf. Heller, 1929, p. 301). Porque el nazismo vino, precisamente, a quebrantar toda forma de nomocracia industrial y a restaurar, por ello, esa *ausencia de ley* en la vida económica tan rentable para los monopolios capitalistas.

El liberalismo económico alemán, sin embargo, proponía una lectura de los orígenes del nacionalsocialismo en la que éste encontraba sus raíces históricas en la propia forma moderna de estatalidad, como si la forma totalitaria del Estado hubiera sido nada más que una natural y necesaria evolución superlativa de aquella.

El eje de esta interpretación aparece claro: para el neoliberalismo (Eucken, Böhm, Röpke), el nazismo no ha de ser comprendido como el resultado de una perversión o de una situación de profunda crisis social, sino, por el contrario, sino, por el contrario, como la *verdad* esencial de un conjunto de disposiciones políticas de carácter intervencionista y tendentes al fortalecimiento de las acciones del Estado. El diagnóstico que lee en el nazismo la culminación de un desarrollo, hasta cierto punto natural, de principios esenciales de la noción moderna de Estado sirve a los liberales para alertar sobre los riesgos que acarrear aquellos regímenes políticos y modelos económicos que —sea en la forma del nazismo o de la Inglaterra democrática, de la Unión Soviética o de la Norteamérica del *New Deal*, del keynesianismo o de la autarquía alemana— asumen como propia la *invariante antiliberal* y avanzan por la vía de la reglamentación, la planificación económica y la consolidación de la gestión pública (...). Descifrando en el nazismo el resultado extremo del reforzamiento y la intensificación de la estatalidad, el neoliberalismo puede librar a la economía de mercado de la acusación de generar efectos destructores en el cuerpo social, atribuyéndolos por el contrario a la *racionalidad misma* del Estado y a las consecuencias de su crecimiento. (López, 2010, p. 47)

Será un lugar común de algunas tesis liberales tratar de encontrar ya incoada en la forma moderna de Estado la deriva estatal-totalitaria del siglo XX. Y merece la pena destacar que la línea central de la Teoría Crítica concordaba en esto con los liberales alemanes (Cf, Adorno y Horkheimer, 1944, p. 78). Horkheimer había llegado a postular, descarnadamente, que la revolución francesa había sido totalitaria desde sus mismos orígenes, pues el Estado moderno siempre contuvo como 'ratio' interna de su misma forma una tendencia inextirpable hacia la dominación burocrática ejercida desde el despliegue incontenible y autoritario de un estatismo integral (Cf. Horkheimer, 1942, p. 43).

Franz Neumann, otro jurista situado en el ala izquierda de la socialdemocracia y a su vez teórico de la Escuela de Frankfurt, propondrá una interpretación del auge del nacionalsocialismo distinta a todas aquéllas que, como las de Adorno y Horkheimer, asumían el modelo de *capitalismo de Estado* de Friedrich Pollock (1941). Este modelo se sustentaba en una primacía de lo político sobre lo económico, primacía cristalizada en un control total de la vida económica por parte de una administración estatal centralizada, propiciando una situación caracterizada por la suspensión de la legalidad económica automática propia del sistema de libre mercado.

Pollock, y con él la corriente central de la teoría crítica, enfatizaba en su interpretación una fuerte “politización de la economía” (Jay, 1973, p. 256). Pero Neumann, que siempre mostró posiciones contrarias a este núcleo de teóricos críticos, entendía que lejos de comprender la consistencia del régimen nazi como una excesiva politización de la economía habría de comprenderse, muy al contrario, como una des-politización de todos los espacios socioeconómicos. Es decir, al resultar estos espacios vaciados de cualquier norma jurídica o determinación pública democrática quedaban entregados a una omnipotente funcionalidad tecno-económica dirigida con férrea disciplina ajurídica y comandada por los capitanes de industria en connivencia directa con la dirigencia del partido. Y aunque no compartía en su plenitud la tesis simplista cristalizada por Dimitrov en el séptimo congreso mundial del Komintern, que consideraba al fascismo como una simple reacción terrorista de los sectores más reaccionarios del capitalismo financiero, sí pudo Neumann mostrar a través de un minucioso estudio empírico de la economía alemana

que los grandes monopolios se habían mantenido y reforzado durante el régimen nacionalsocialista. Y será Neumann, por lo tanto, el que se opondrá a esta interpretación hegemónica de la escuela frankfurtiana al advertir que el nacional-socialismo no supuso un cambio sustancial en la organización económica pre-existente ya que, con su advenimiento, se desarrolló y potenció un capitalismo de monopolios que, desde luego, ya existía en la República de Weimar (Cf. Serrano & Fernández, 2010).

Al contrario de lo sustentado por Pollock, el nazismo constituyó una continuación del capitalismo de monopolios por otros medios (Cf. Jay, 1973, p. 272). Carl Schmitt, en una conferencia leída en 1932 ante la asociación de industriales del Ruhr, y que llevaba precisamente por título *Starken Staat und gesunde Wirtschaft*, postulaba la construcción de un todopoderoso órgano ejecutivo, depositario de una inmensa autoridad política incuestionable, que no estuviera limitado por poder legislativo u orden constitucional alguno a la vez que, y esto es crucial, los dueños de la esfera económica privada preservaban su espacio de libre despliegue autónomo (Cf. Andreassi, 2004, p. 219). La fórmula 'una economía sana dentro de un Estado fuerte', que combinaba un régimen político intensamente autoritario y un orden económico liberal, se decantaba finalmente como una disolución de toda conflictividad de intereses en la esfera socioeconómica por la vía expeditiva de otorgar a los dueños de la industria un poder omnímodo en lo que atañe a todos los detalles de la organización productiva y laboral.

Neumann argumentará que en el interior del nacionalsocialismo el capital privado *no* queda asumido o subsumido bajo la égida de lo público, sino que el fuerte intervencionismo estatal propio del nazismo respeta e incluso refuerza a los trust privados, eso sí, aniquilando la organización autónoma de la clase trabajadora. Lo explicaba bien Bracher (1969):

En consecuencia, las estructuras económicas y sociales estuvieron sometidas a un fuerte intervencionismo político-administrativo, aun cuando nunca fueron destruidas o básicamente transformadas; se trataba de una mezcla de capitalismo estatal y privado que, al progresar el rearme, fue orientada cada vez más a una economía de guerra por un creciente dirigismo de arriba y de fuera,

sin ser por ello anticapitalista, antimonopolista o socialista. Pues, en contra de las promesas de una propaganda masiva, la clase media y los trabajadores no consiguieron de esta evolución las ventajas esperadas. En efecto, en 1933 y 1934 la disolución de los sindicatos y el ejército de reserva de unos cinco o seis millones de parados se utilizaron más bien para anquilosar más aún las condiciones laborales y salariales, y los grandes programas de empleo relacionados con el rearme favorecieron primordialmente a las grandes empresas y no a la pequeña industria. (p. 65)

Porque un férreo dirigismo ejercido por una administración política implacablemente autoritaria es enteramente compatible con una economía de tipo capitalista en lo que a organización productiva, relaciones de propiedad y mundo laboral se refiere. Dicha situación, antes que como capitalismo de Estado, Neumann ha de conceptualizarla como *capitalismo monopolista totalitario*, y el matiz diferencial es muy determinante.

Las finalidades que persiguen las fuerzas monopólicas no podían alcanzarse dentro de un sistema de democracia política; por lo menos, no eran posibles en Alemania. El partido social-demócrata y los sindicatos, a pesar de haber perdido su agresividad militante, tenían aún bastante fuerza para defender sus conquistas. Su fuerza defensiva hacía que fuera imposible poner toda la organización del estado al servicio de un grupo concreto de la sociedad (...). Sólo podía realizarse la sumisión completa del Estado por los capitanes de la industria en una organización política sin control desde abajo, que careciese de organización de masas autónomas y libertad de crítica (...). La economía alemana de hoy tiene dos grandes características destacadas: es una economía monopólica y una economía de mando. Es una economía capitalista privada, que regimenta un Estado totalitario. (Neumann, 1942, p. 295)

También en la Italia de Mussolini las organizaciones empresariales mantenían una poderosa autonomía que bien podía resistir las pretensiones de injerencia de las facciones más socializantes del sindicalismo corporativista fascista o, incluso, sustraerse a la



reglamentación política del gobierno. Roland Sarti (1971), al que ya habíamos mencionado con anterioridad, lo expresa con nitidez: “La industria organizada estaba en el Estado, pero no era del Estado” (p. 112).

La clase capitalista, como señalaba Otto Bauer, pudo tolerar a regañadientes las conquistas democráticas del movimiento obrero y los partidos socialistas *mientras* su tasa de beneficio lo permitiese (1934, p. 161). Pero tras la primera gran guerra la acumulación de capital había entrado en barrena a la par que el movimiento obrero se había hecho extremadamente poderoso, y era entonces cuando la democracia, tan laureada y esgrimida por la burguesía, empieza a constituir un problema para su acumulación de beneficios. Lo explicó Daniel Guérin con palabras certeras:

Pero en el período actual, en la fase de decadencia del capitalismo, la clase dominante se encuentra ante los platillos de la balanza en que mide las ventajas y los inconvenientes de la “democracia” tan perpleja como el asno de Buridán. En algunos países y circunstancias le parece que los inconvenientes pesan más que las ventajas. Cuando la crisis económica (cíclica y crónica a la vez) es muy aguda, cuando el beneficio tiende a cero, no ve otra salida, no ve otro remedio para restablecer el mecanismo del beneficio que vaciar los bolsillos —ya bien vacíos— de la pobre gente que constituye las “masas” (...). Pero el régimen democrático se presta mal a la realización de tal plan. Mientras la “democracia” subsistan, las diversas categorías sociales que componen el pueblo (...) tienen algunos medios de defenderse contra la “gran penitencia”: libertad de prensa, sufragio universal, derecho sindical, derecho de huelga, etc. Medios insuficiente, pero que imponen ciertos límites a las ilimitadas exigencias de los poderosos del dinero. En especial, la resistencia del proletariado organizado impide una excesiva disminución de los salarios (...). Por esto, en ciertos países y en determinadas circunstancias, cuando los beneficios están gravemente amenazados (...) la burguesía tira por encima de la borda la “democracia” tradicional y pide —sin que naturalmente, se limite a pedirlo— un Estado fuerte. (Guérin, 1936, p. 33)

Y si esa gran burguesía había de pervivir, el país habría de ingresar en una nueva etapa de férrea disciplina que era, antes que nada, disciplinamiento de la clase obrera institucionalizada y organizada, como bien señaló Arthur Rosenberg (1934). Todo resquicio de racionalidad jurídica en el mundo del trabajo acabó siendo triturado, como señalaba Neumann, y la discrecionalidad arbitraria entregada a los dueños de las empresas implantaba en el interior de éstas nuevas relaciones de vasallaje y absolutismo, en medio de una total ausencia de legislación laboral de aplicación universal y obligado cumplimiento y cuyo vacío era ocupado por el marasmo ideológico de la “comunidad de empresa” (Cf. Neumann, 1942, pp. 462-466). Los trabajadores, reducidos a la categoría de séquito (*Gefolgschaft*), volvían a ocupar una posición absolutamente subalterna con respecto al jefe de empresa, liquidando por completo los consensos de 1918 que habían matizado de alguna manera esa discrecionalidad absoluta de la patronal (Cf. Gallego, 2001, p. 322).

La industria capitalista no podía seguir creciendo y acumulando capital 'dentro' del orden jurídico del decadente Estado social-liberal democrático, al cual tuvo que aniquilar y, de paso, ciertamente, también a una clase obrera organizada políticamente y que desde las instituciones de la democracia republicana venía poniendo cortapisas legislativas a la libre expansión del capital. “El régimen nacional-socialista subió al poder el 30 de enero de 1933 e inició acto seguido una política cartélica que satisfizo todas las exigencias de las asociaciones industriales” (Neumann, 1942, p. 298). En efecto, puede estudiarse el proceso de privatización sistemática de la economía alemana durante el régimen nazi (Bel, 2010). Durante la República de Weimar la participación pública en múltiples negocios había sido voluminosa y sustanciosa pero, con la llegada del nacional-socialismo, la tendencia a las nacionalizaciones no empezó a erigirse en un programa económico sistemático, sino todo lo contrario, ya que sectores importantes que antes se hallaban bajo el control de la titularidad pública pasaron a estar regentados por particulares.

Podemos resumir lo dicho afirmando que no hay motivo para hablar de que en Alemania se está produciendo una nacionalización —por el contrario, existe una tendencia decididamente adversa a ésta— (...). Es evidente que el capital público no amenaza ni destruye la fuerza del capital privado; por el contrario,

éste representa un papel decisivo en el control de las corporaciones públicas.

(Neumann, 1942, p. 335)

El dominio de la economía alemana vino definido, durante el nazismo, por un reforzamiento claro y contundente de los gigantescos *Konzern*, poderosas dinastías industriales que aglutinaban el monopolio de grandes sectores productivos y controlaban el grueso de la banca. “Sobre una base semejante, no puede existir otra ‘dirección’ de la economía por parte del Estado que una dirección conforme a los intereses del capital monopolista” (Bettelheim, 1946, p. 109). Es curioso observar que los propios apologetas del fascismo incurren, en un mismo párrafo, en esa doble perspectiva.

En la esfera de la producción, lo mismo el socialismo que el fascismo aspiran a realizar una planificación. Sus intereses son idénticos desde este punto de vista, y sus enemigos comunes son los fieles adictos que les quedan a las doctrinas del *laissez-faire*. Tratan de alcanzar su fin por medios diferentes. Los socialistas esperan conseguir la planificación nacionalizando las ramas de la producción más importantes. El fascismo aspira a ella por una combinación de dictadura y cooperación voluntaria, sin cambiar la propiedad privada de los medios de producción. (Einzig, 1933, p. 135)

Esa combinación de dictadura política y propiedad privada de los medios de producción, como bien comprende Paul Einzig, no puede jamás trastocar los ritmos de crecimiento de la rentabilidad de las empresas.

Mientras se esfuerza en asegurar a las clases trabajadoras el disfrute de una parte adecuada de los ingresos derivados del proceso productivo, el fascismo desea retener los beneficios de la iniciativa a la producción individualista representada por las posibilidades de lucro (Einzig, 1933, p. 136).

En todo caso se trata de mitigar suavemente los excesos hiperbólicos de la rentabilidad del capital a expensas de las clases trabajadoras, pero nada más, porque en ningún caso queda interrumpida la lógica económica de la acumulación capitalista.

Se ha de estar prevenido contra esas interpretaciones, como la de Götz Aly, que tratan de construir un relato histórico en el que la sostenibilidad del nazismo había provenido de una considerable mejora en las condiciones materiales de vida que el régimen pudo proporcionar a las masas, tanto a las clases medias como a buena parte de la clase obrera, obteniendo de ellos su complicidad y ganando así una legitimidad incontestable (Cf. Aly, 2006). Interpretaciones de este tipo, empero, no contemplan el endurecimiento intensivo que sufrieron las condiciones laborables de millones de trabajadores con el advenimiento del régimen nacionalsocialista.

Pues, en contra de las promesas de una propaganda masiva, la clase media y los trabajadores no consiguieron de esta evolución las ventajas esperadas. En efecto, en 1933 y en 1934 la disolución de los sindicatos y el ejército de reserva de unos cinco o seis millones de parados se utilizaron más bien para anquilosar más aún las condiciones laborales y salariales, y los grandes programas de empleo relacionados con el rearme favorecieron primordialmente a las grandes empresas y no a la pequeña industria. (Bracher, 1969, p. 65)

Se podía calcular, en ese sentido, una espectacular caída de los salarios con la llegada del nacionalsocialismo, llegándose a la situación, en muchas ocasiones, de que un salario era inferior al subsidio de trabajo durante la República de Weimar (Cf. Guérin, 1936, p. 282). Las políticas salariales del régimen, en cualquier caso, supusieron un menoscabo con respecto a algunas decisivas conquistas sindicales obtenidas durante el periplo republicano (Cf. Neumann, 1942, pp. 476-481).

El sindicalismo fascista, como señalaba Rosenstock-Franck, no tenía como objetivo primordial la defensa de los trabajadores.

Esperamos haber demostrado igualmente que la técnica contractual fascista no ha permitido, respecto de los años anteriores a la guerra, la menor mejora de las condiciones de vida individual del obrero: es indudable que el recurso a la Magistratura del Trabajo, si no da garantía a los patronos, es menos apto que la

huelga para defender las condiciones de existencia de los asalariados.

(Rosenstock-Franck 1934, p. 233)

La “magistratura del trabajo” pretendía edificar una instancia neutral, orgánica, que arbitrara los eventuales conflictos surgidos entre capital y trabajo, con el fin de que dichos conflictos pudieran solventarse sin menoscabar la estabilidad de la producción nacional, que siempre era un fin muy superior al conflicto entre clases. Sin embargo, de facto, dicho conflicto no podía desaparecer jamás, y la supresión de las comisiones de fábrica fue una concesión preciosísima para los industriales. En definitiva, lo que se constituía era una aniquilación de la defensa colectiva, organizada y autónoma de la clase trabajadora. Las huelgas quedaban absolutamente prohibidas.

Karl Polanyi había ido construyendo una tesis que concordaba en gran medida con lo que estaba defendiendo Neumann, en el sentido de que el corporativismo fascista no debía entenderse como una burocracia estatal destinada a interrumpir la lógica autónoma de las relaciones capitalistas de producción, sino todo lo contrario:

En otras palabras, en tanto que en el socialismo la unidad de la sociedad se restablece mediante la extensión de la democracia política a la esfera económica, el fascismo representa la tentativa diametralmente opuesta de unificar la sociedad convirtiendo a la industria no democrática en el amo del Estado. (Polanyi, 1937, p. 249)

Es muy importante entender, por lo tanto, que el corporativismo fascista no implica en absoluto un Estado construido contra la lógica del sistema capitalista.

Lejos de extender el poder del Estado democrático a la industria, por ejemplo, el fascismo se dedicó a extender el poder de la industria autocrática por encima del Estado y, de esa forma, a destruir la base misma de la democracia política. (Polanyi, 1937, p. 243)

A los dueños del poder económico privado, en un proceso de des-empoderamiento de todas las instituciones políticas republicanas, se les otorga plena libertad en la organización de las

relaciones sociales de producción, mientras se construye la centralización autoritaria y autócrata de un ejecutivo que aniquila toda garantía constitucional y que desactiva todo vestigio de vida pública parlamentaria y legislativa.

El fascismo, en efecto, habrá de interpretarse como un movimiento facilitado por los grandes poderes de la industria privada encaminado no a desbaratar la lógica de la acumulación capitalista sino, muy al contrario, a posibilitar la continuación de dicha acumulación, convirtiendo en cenizas las instituciones del republicanismo democrático, incapaz ya de garantizar un crecimiento sostenido del capital. Sólo un Estado autoritario que destruyera los sindicatos de clase y aniquilara todas las organizaciones obreras de todos los ramos productivos, que aboliera el derecho a huelga y entregara toda la autoridad a los patronos, podía restablecer la rentabilidad de las empresas. Y este proceso fue quedando afianzado gracias a la consolidación de las organizaciones laborales fascistas, que insuflaban en el trabajador concepciones *armonicistas* que en ningún momento cuestionaban las relaciones establecidas por la jerarquía patronal y que funcionaban como máquinas de vigilancia estatal para impedir la emergencia de verdaderos cuadros sindicales subversivos. El régimen nazi, en ese sentido, también intentó organizar todo el tiempo libre de los obreros, para que no quedase ningún resquicio por el que pudiera asomar una auto-organización genuina de la sociabilidad obrera (Cf. Andreassi, 2004, p. 331).

Ramiro Ledesma, principal teórico del fascismo hispano, afirmaba explícitamente que la gravísima crisis capitalista era, ante todo, un problema de gerencia. En efecto, el Estado liberal parlamentario había mostrado a todas luces su manifiesta incapacidad y debilidad para apaciguar el díscolo descontento de las harapientas masas trabajadoras. En 1931 lo decía sin ambages: “El Estado liberal fracasará de modo inevitable frente a las dificultades sociales y económicas que plantea el mundo entero. Cada día le será más difícil garantizar la producción pacífica y contener la indisciplina proletaria” (Borrás, 1971, p. 247). El régimen franquista, aunque no fue un Estado fascista en el estricto sentido del término, tuvo como primordial objetivo encuadrar a la clase obrera española en organizaciones sindicales verticales y totalmente controladas por el Estado, eliminando de raíz toda organización proletaria (rural o industrial) autónoma.

El principio armónico de colaboración entre clases (bajo este prima tanto obrero como patrono son igualmente *productores*, y ambos trabajan en un plano no confrontado para el bien supremo del desarrollo nacional), lejos de disolver el antagonismo clasista lo traslada a un ámbito difuso y personalista (la *comunidad de trabajo*) y, en realidad, hace funcionar en el interior de la empresa el principio autoritario de caudillaje que, en la práctica, produce una subordinación plena (servil y ajurídica) del trabajador al dictado del patrono (Cf. Sempere, 1982). El objetivo explícito, como lo era en el *Estatuto do Trabalho Nacional* portugués de 1933, era anestesiar o eliminar toda expresión de conflictividad social buscando, con ello, una suerte de “capitalismo armónico”. El Fuero del Trabajo, aprobado en 1938 a imagen y semejanza de leyes similares aprobadas por Hitler y Mussolini, consagra la autoridad absoluta del empresario en su artículo VIII.3 y, además, convierte nada menos que en “delito de lesa patria” cualquier acción o forma de protesta individual o colectiva que altere o turbe “la normalidad de la producción”, como reza el artículo XI.2. Esto, en la práctica, significó una aniquilación de toda huelga o reivindicación ejercida por organizaciones obreras autónomas y, en suma, una absoluta supremacía del capital sobre las fuerzas laborales. El artículo XI.4, en ese sentido, también otorga a la propiedad privada de los medios de producción una primacía incontestable, pues el Estado, además, no debía asumir funciones económicas esenciales, por mucha retórica falangista que perorara en torno a la construcción de un *Estado sindical* (Cf. Andreassi, 2005).

De hecho, y como relataba Daniel Guérin, subsistían dentro de los sindicatos fascistas cuadros díscolos que con su fementida fraseología obrerista todavía inquietaban en alguna medida a los dueños de la economía privada. Los sindicatos fascistas italianos y el Frente del Trabajo alemán, que no habían nacido para poner en peligro los privilegios del capital, necesitaban no obstante cohesionar una base social trabajadora que siendo absolutamente fiel y leal al régimen conservase, no obstante, una mínima conciencia de estar defendiendo intereses gremiales de los trabajadores. A veces, incluso, la retórica laboralista iba demasiado lejos, y quizás incluso hubieran pervivido elementos sindicales verdaderamente antipatronales.

Pero esta demagogia alarma a los patronos: temen que las organizaciones “obreras” fascistas, en vez de encuadrar y vigilar a los trabajadores, como es su función, acaben dejándose desbordar por sus afiliados. No han subvencionado al fascismo para permitir que renazca, bajo otras formas, el temido sindicalismo de clase, por eso exigen que se trate con mano dura a los plebeyos, que se depuren a fondo los aparatos de las organizaciones “obreras” fascistas y que se extirpe hasta el último vestigio de lucha de clases. (Guérin, 1936, p. 274)

La creación de un “Estado corporativo”, fundamentado en el desarrollo de un vínculo orgánico colaborativo entre trabajadores y empresarios, y en el que desaparecía todo antagonismo clasista o toda contradicción capital-trabajo, constituyó en la práctica un reforzamiento muy considerable de las posiciones hegemónicas del capital. Más allá de las ensoñaciones sinceras de muchos teóricos del Estado corporativo, lo cierto es que el capital conservó sus posiciones privilegiadas y las antiguas asociaciones patronales privadas se negaron a desaparecer. Rosenstock-Franck, en su detallado y valiosísimo estudio sobre la economía fascista italiana, concluía que las ensoñaciones doctrinarias de los teóricos del Estado corporativo sólo habían construido eso, ensoñaciones:

La dirección de la economía italiana pertenece a una oligarquía, a la oligarquía de las grandes Confederaciones patronales; pero el régimen dictatorial, las incidencias de la política y la administración sobre las actividades privadas son tan profundas, que el fascismo ha podido dar la impresión de retener el control de la economía italiana, que, de hecho, no posee. Hasta el presente no tenemos motivo alguno para prever una acentuación socializante del régimen: los grandes productores montan la guardia. (Rosenstock-Franck, 1934, p. 392)

Y, en efecto, la economía del fascismo italiano jamás transitó hacia una estructura socializante o distributiva.

### **A modo de conclusión**



El Estado autoritario, al aplastar las libertades políticas y civiles, podría dar el paso de controlar también la dinámica de la vida económica; pero, de hecho, la esfera de la economía privada queda prácticamente incólume. El control público de la economía no ocurre de facto, ya que las agrupaciones patronales conservan todo su poder, y el control obrero de las empresas italianas no pasa de ser un mito inexistente. El propio Mussolini parecía tenerlo muy claro:

Otro punto del sindicalismo fascista lo forma el reconocimiento de la función histórica del capital y del capitalismo. Aquí somos netamente antisocialistas. Según la doctrina socialista el capital es el monstruo, el capitalista el cómitre, el vampiro; según nuestra doctrina, todo esto es baja literatura, puesto que el capitalismo, con sus virtudes y sus defectos, tiene ante sí algunos siglos de existencia; tanto es así, que donde lo habían abolido incluso físicamente vuelven a adoptarlo (...). Los capitalistas modernos son capitanes de industria, grandes organizadores, hombres que tienen y han de tener un elevadísimo sentido de la responsabilidad tanto civil como económica, hombres de quienes depende el destino, el salario y el bienestar de miles y miles de obreros. (Mussolini, 1926, p. 312)

Obreros que, como podemos comprobar en este panegírico de los grandes prohombres del capitalismo industrial, quedan relegados en una posición enteramente pasiva y subalterna.

Ya en 1921 el movimiento fascista y los terratenientes habían sellado su alianza para desarticular todas las organizaciones obreras agrícolas, reforzando la propiedad latifundista, mientras que la adhesión de los industriales del norte se produce abiertamente un poco más tarde (Cf. Rosenstock-Franck, 1934, p. 50). Es cierto que el papel de los industriales italianos durante la emergencia, desarrollo y triunfo del fascismo es complejo (Cf. Adler, 1995). Pero, qué duda cabe, las oligarquías empresariales y los grandes propietarios rápidamente hallaron buen acomodo dentro de un régimen que aquilataba la protección de sus ganancias al tiempo que (o precisamente porque) aplastaba toda organización sindical autónoma y toda constitución de la clase obrera como sujeto político protagónico.

## Referencias

- Adler, F. (1995). *Italian Industrialists from Liberalism to Fascism. The Political Development of the Industrial Bourgeoisie, 1906-1934*. Cambridge: University Press.
- Adorno, T., & Horkheimer, M. (2004). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Aly, G. (2006). *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*. Barcelona: Crítica.
- Andreassi, A. (2004). *Arbeit macht frei. El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*. Madrid: El Viejo Topo.
- \_\_\_\_\_. (2005). Trabajo y empresa en el nacionalsindicalismo. En Gallego, F. y Morente, F. (eds.), *Fascismo en España* (pp. 13-42). Barcelona: El Viejo Topo.
- Bauer, O. (1972). El fascismo. En Bauer, O; Marcuse, H; Abendroth, W. y Rosenberg, A. (eds.), *Fascismo y capitalismo. Teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo* (pp. 150-175). Barcelona: Martínez Roca.
- Bel, G. (2010). Against the mainstream: Nazi privatization in 1930s Germany. *Economic History Review*, 63 (1): 34-55.
- Bettelheim, C. (1972). *La economía alemana bajo el nazismo. Tomo 1*. Madrid: Fundamentos.
- Bobbio, N. (2006). *Ensayos sobre el fascismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Borrás, T. (1971). *Ramiro Ledesma Ramos*. Madrid: Editora Nacional.
- Bracher, K. (1973). *La dictadura alemana, II. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*. Madrid: Alianza.
- \_\_\_\_\_. (1983). *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*. Barcelona: Alfa.

- Cole, G. (1963). *Historia del pensamiento socialista VII. Socialismo y Fascismo*. México: Fondo de cultura económica.
- Collotti, E. (1972). *La Alemania nazi. Desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*. Madrid: Alianza.
- Colom, F. (1992). *Las caras del Leviatán. Una lectura política de la Teoría Crítica*. Barcelona: Anthropos.
- Einzig, P. (1934). *Fundamentos económicos del fascismo*. Madrid: Revista de Derecho Privado.
- Evans, R. (2005). *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder*. Barcelona: Península.
- Furet, F. (1996). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: Fondo de cultura económica.
- Gallego, F. (2006). *De Múnich a Auschwitz: una historia del nazismo, 1919-1945*. Barcelona: Debolsillo.
- Gentile, E. (2004). *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza.
- Guérin, D. (1973). *Fascismo y gran capital*. Madrid: Fundamentos.
- Halévy, E. (1938). *L'ère des tyrannies: études sur le socialisme et la guerre*. París: Gallimard.
- Hayek, F. (1990). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Heller, H. (1985). Estado, nación y socialdemocracia. En *Escritos políticos*. Madrid: Alianza.
- \_\_\_\_\_. (1985). ¿Estado de derecho o dictadura? En *Escritos políticos*. Madrid: Alianza.
- Hobsbawm, E. (2007). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.

- Horkheimer, M. (2006). *Estado autoritario*. México: Itaca.
- Jay, M. (1974). *La imaginación dialéctica. Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*. Madrid: Taurus.
- Kershaw, I. (2004). *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laski, H. (2008). *El Estado en la teoría y en la práctica*. Madrid: Editorial Reus.
- López, P. (2010). Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault. En Arribas, S; Cano, G y Ugarte, J. (eds.), *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo* (pp. 39-61). Madrid: CSIC/La Catarata.
- Mason, T. (1974). La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista. En *La naturaleza del fascismo* (pp. 171-200). México: Grijalbo.
- Mises, L. (1977). *Liberalismo*. Madrid: Unión Editorial.
- \_\_\_\_\_. (1980). *Socialismo. Análisis económico y sociológico*. Buenos Aires: Western Books Foundation.
- Mises, L. (2002). *Gobierno omnipotente*. Madrid: Unión Editorial.
- Mosse, G. (2005). *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerra Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- Mussolini, B. (1935). *Escritos y discursos V. Desde el 1925 al 1926*. Barcelona: Bosch.
- Neumann, F. (1983). *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. México: Fondo de cultura económica.
- Nolte, E. (1971). *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*. Barcelona: Península.

- Pauwels, J. (2002). *El mito de la guerra buena. EE.UU en la Segunda Guerra Mundial*. Hondarribia: Hiru.
- Payne, S. (1995). *Historia del fascismo*. Barcelona: Planeta.
- Polanyi, K. (2012). Marx sobre el corporativismo. En Laville, J. L; Mendell, M; Polanyi Levitt, K. y Coraggio, J. L. (eds.), *Textos escogidos* (pp.241-249). Buenos Aires: Clacso, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- \_\_\_\_\_. (2003). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de cultura económica.
- Pollock, F. (1978). State Capitalism: its Possibilities and Limitations. En *The essential frankfurt School reader*. Oxford: Basil Blackwell.
- Polo, J. (2014). Capitalismo, fascismo y democracia en la obra de Karl Polanyi. Una encrucijada todavía viva. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, (7): 133-152.
- Popper, K. (1994). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Röpke, W. (1935). La economía fascista. *Tierra Firme*, (3): 65-92.
- Rosenberg, A. (1972). El fascismo como movimiento de masas. En Bauer, O; Marcuse, H; Abendroth, W. y Rosenberg, A. (eds.), *Fascismo y capitalismo* (pp.80-149). Barcelona: Martínez Roca.
- Rosenstock-Franck, L. (1934). *La economía corporativa fascista doctrinal y práctica*. Madrid: Aguilar.
- Sempere, A. (1982). *Nacionalsindicalismo y relación de trabajo*. Madrid: Akal.
- Serrani, C. y Fernández, C. (2010). Capitalismo e Ilustración. La intervención de Franz Neumann en la Escuela de Frankfurt. *Arxius*, (22): 47-60.

- Sarti, R. (1973). *Fascismo y burguesía industrial. Italia 1919-1940*. Barcelona: Fontanella.
- Sorel, G. (2005). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza.
- Sternhell, Z; Sznajder, M. y Asheri, M. (1994). La síntesis socialista-nacional. En *El nacimiento de la ideología fascista* (pp. 240-296). Madrid: Siglo XXI.
- Tasca, A. (1969). *El nacimiento del fascismo*. Barcelona: Ariel.
- Tassinari, G. (1937). *Economía fascista*. Roma: Laboremus.
- Villacañas, J. (2001). Los límites de la influencia de Carl Schmitt en la República de Weimar. *Isegoría*, (24): 115-130.
- Volpe, G. (1940). *Historia del movimiento fascista*. Roma: Novissima.
- Woolf, S. (1974). ¿Existió un sistema económico fascista? En *La naturaleza del fascismo* (pp. 123-155). México: Grijalbo.